



Universidad
Nacional
de Rosario

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Trabajo Integrador Final

Modalidad: Ensayo

Identidad de género trans y psicoanálisis ¿puede ser el yo el reservorio de la identidad?

Autor: César Serrano

Legajo: S-5011/3

Mail: cesarserrano1990@gmail.com

Docente: Graciela Lemberger

DNI: 35587831

-Año 2024-

Agradecimientos:	3
Resumen	4
Introducción	5
Introducción de la cultura al psicoanálisis	7
La práctica analítica: entre el yo y el sujeto del inconsciente	9
Identidad y género ¿identidad de género?	11
Yo e Identificaciones	13
Sujeto del inconsciente e identificaciones	14
No hay relación discursiva, no hay complementariedad	16
¿Conclusiones?	17
Referencias bibliográficas	18

Agradecimientos:

En primer lugar, quiero expresar mi más profundo agradecimiento a mi familia, especialmente a mi madre, hermana y sobrinos, quienes me han brindado su apoyo incondicional en todo momento. Su amor y comprensión han sido fundamentales para seguir adelante. También quiero agradecer a los amigos de toda la vida y a los compañeros de facultad, quienes siempre han estado dispuestos a ofrecer una mano amiga y su solidaridad. A la universidad pública, y a todos sus integrantes, que con su dedicación y esfuerzo trabajan incansablemente por el bien común. Finalmente, mi reconocimiento a Freud y Lacan, cuyas enseñanzas han sido una fuente invaluable de conocimiento y reflexión.

Gracias a todos por estar presentes en este recorrido.

Resumen

Este ensayo examina el abordaje del psicoanálisis sobre la identidad de género, con un énfasis particular en la identidad trans, y las tensiones que surgen en el contexto de la experiencia analítica. Se contrastan dos enfoques psicoanalíticos claves: el de los post-freudianos, que trabajan principalmente con la dimensión imaginaria y la psicología del yo, y el lacaniano, que se centra en el sujeto desde el inconsciente. A lo largo del análisis realizado en este texto, se reflexiona sobre cómo cada perspectiva interpreta la identidad trans, así como la relación del psicoanálisis con la cultura, subrayando la importancia de evitar la patologización y enfocarse en el deseo y el decir del sujeto.

El ensayo concluye destacando la vigencia del psicoanálisis, que ofrece un modelo de sujeto que no se reduce al yo, sino que está marcado por el deseo y la falta, tal como lo propone Lacan. Aunque la cuestión trans representa un desafío para el psicoanálisis, se argumenta que no implica una experiencia analítica fundamentalmente distinta a la de los sujetos cissexuales. Finalmente, se sostiene que toda experiencia analítica comienza con la incertidumbre acerca de las identificaciones del sujeto y culmina en el cuestionamiento de estas, revelando la falta en el ser y que el Otro simbólico no tiene existencia real sino que es necesario para la constitución subjetiva.

Palabras clave: sujeto del inconsciente - deseo - identificación -yo - identidad de género

Introducción

El tema de interés del siguiente Trabajo Integrador Final (TIF) es acerca de cómo podría el psicoanálisis abordar la identidad de género en las personas trans y a partir de esto qué clínica psicoanalítica es posible.

A partir de la sanción de la Ley de identidad de género 26.743, se permite modificar el género asignado al nacer por el autopercebido. En consecuencia, han tomado fuerza discursos culturalistas que sostienen que el género es una construcción socio-cultural y hasta un efecto del lenguaje (Butler, 1993, cómo se citó en Gutiérrez 2020). Desde este paradigma, se cuestiona al psicoanálisis por sostener una lógica binaria de la identidad y un abordaje psicopatologizante de la identidad trans. Esto no es nuevo para el psicoanálisis como discurso. Se lo ha criticado por ser *machista* y *falocéntrico* desde una perspectiva que confunde el falo con el órgano. A su vez, el psicoanálisis no nos habla de género e identidad de género, sino de sexuación. Enric Berenguer (2002), desde el psicoanálisis lacaniano, postula la idea de una clínica psicoanalítica de la no identidad.

Este escrito se abordará desde el psicoanálisis a partir de una puesta en discusión entre dos abordajes psicoanalíticos distintos: los post-freudianos que trabajan con la dimensión imaginaria en el análisis y por otro lado la experiencia analítica que busca hacer emerger al sujeto del inconsciente. Buscaremos delimitar cómo conciben desde la llamada psicología del ego a la identidad trans y cómo la piensan los psicoanalistas lacanianos. A su vez se reflexiona acerca de la relación se establece entre el psicoanálisis y la cultura.

La transexualidad fue concebida como patológica por una parte de los pensadores del psicoanálisis, en particular la línea lacaniana, donde podemos nombrar autores como Álvarez (2018) quien plantea que la transexualidad se relaciona con la forclusión del significante nombre del padre y con el empuje a la mujer, quedando del lado de las psicosis, donde se rechaza el significante al tratar el órgano como real (como se citó en Zulian, 2023). En esta línea, también ubicamos a otros autores al pensar a la persona transexual como convencida de una creencia delirante, idea de pertenecer al sexo opuesto (Argentieri, 2016, como se citó en Zulian, 2023); o un deseo materno sin límite de lo paterno que implicaría una estructura diferente a las salidas neuróticas de la heterosexualidad (Brum, 2010, como se citó en Zulian, 2023).

Desde lo que podemos llamar la *ego psychology*, la analista Ehrensaft busca reafirmar la identidad a través del llamado paradigma de la afirmación de género, es el verdadero yo el que debe salir a la luz, esto lo veremos más detalladamente en el desarrollo.

A modo de indagación, ante estas nuevas demandas respecto a la llamada transición de género, cabe explorar, dentro del psicoanálisis, qué tratamiento posible se hace del concepto de identidad de género en relación a la temática trans y qué tensiones

posibles aparecen para pensar la experiencia analítica. La idea de identidad como categoría conceptual anclada en la antropología nos lleva a pensar un elemento estanco donde se pone en juego la afirmación de un ser total, acabado y racional, a partir del enunciado “yo soy”, esto es lo que los post-freudianos confundieron con el sujeto del inconsciente y lo que los discursos culturalistas quieren introducir al psicoanálisis. A partir de aquí, reflexionaremos acerca de las categorías conceptuales de sujeto del inconsciente, deseo, identidad, identidad de género y su análisis a través de las categorías de yo e identificaciones. Según cómo aborde el psicoanálisis la identidad trans, tendremos una clínica posible, ya sea desde el yo, la *ego psychology*, la dimensión imaginaria o desde el sujeto del inconsciente. Lo que interesa es promover una experiencia analítica que tome el decir del sujeto, la importancia de la palabra y de lo que ello emerge respecto al deseo puesto en juego, sin obturar con conceptos psicopatologizantes, sin causar mayor angustia de la que en el sujeto opera en sí mismo.

Introducción de la cultura al psicoanálisis

Freud incorpora conceptos de la psiquiatría, mitos y otros recursos de la cultura para desarrollar la teoría psicoanalítica, tal es así que en 1914 cita al psiquiatra Paul Nacker para introducir certeramente el narcisismo al psicoanálisis. Este concepto nuclear, le sirve para poder desarrollar la constitución del yo como reservorio de la libido y su relación con los objetos. El psicoanálisis se ha nutrido de diversos mitos, verdaderos productos culturales que ancestralmente los pueblos han construido para dar respuesta a lo inexplicable. Podemos nombrar Edipo de Sófocles o el Padre de la horda primitiva. Freud intenta hacer un análisis de los fenómenos socio-culturales a partir de categorías psicoanalíticas como identificación, lazo libidinal y dar una explicación a los fenómenos de masas, pero también por otro lado, se vale de lo socio-cultural para poder fundamentar su teoría de la conflictiva edípica a través del estudio de tótems y el tabú de los integrantes de los clanes.

Otro elemento que no podemos perder de vista es que Freud retoma obras literarias, entre ellas *Memorias de un enfermo nervioso* de Daniel Paul Schreber para hacer su escrito "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente". Es a partir de este caso que comprende un delirio llamado por Freud (2006) de transformación en mujer, que la transexualidad queda amarrada a la psicopatología dentro del psicoanálisis, quedando esta identidad dentro de las psicosis, transformando un síntoma particular en un universal. No es Freud quien hace este determinismo, sino otros autores que seguirán escribiendo al respecto.

Lacan también se vale de apólogos y mitos para fundamentar sus reflexiones, se sirve del personaje de la mitología griega, Tiresías de Tebas, conocido por ser un adivino ciego con la capacidad de prever el futuro y revelar verdades ocultas, experimentó varias transformaciones, incluyendo un cambio de sexo: primero fue un hombre, pero tras golpear a una serpiente, fue transformado en mujer. Años después, volvió a su forma masculina al volver a encontrar a las mismas serpientes. Es nombrado como el patrono de los psicoanalistas y es en quien se sustenta para dar cuenta del deseo del analista (Lacan, 2006). Esta figura también le sirve para argumentar que el analista no debe responder a la demanda del analizante, el analista no es quien tiene un saber como el adivino (Lacan, 2013). El apólogo chino de Épinal es otra forma que tiene de introducir la idea del deseo del analista. Al igual que Freud, Lacan también se sirve de personajes míticos y de la cultura para pensar sus ideas.

Laplanche (2006) realiza un análisis de la obra de Stoller, psiquiatra y psicoanalista que introduce el concepto de "identidad de género" en el amplio campo de la clínica psicoanalítica. Desde su propia perspectiva, Laplanche señala que la identidad de género se encuentra relegada al ámbito del yo. En este contexto, cita la definición de Stoller (1989),

quien describe la identidad de género como un conjunto de creencias y convicciones que se establecen a través del sentimiento de pertenencia a un grupo social, el cual está determinado por los dos grandes géneros humanos: hombre o mujer. Esta identidad se sitúa, por tanto, en el plano del yo, en contraposición a la elección de objeto, lo que la distingue claramente de la orientación sexual. Así, mientras que la orientación sexual está relacionada con la elección de un objeto de deseo, la identidad de género responde a una construcción del yo que no depende de esa elección, sino de la identificación con uno de los dos géneros binarios propuestos socialmente.

Este análisis subraya la importancia de la identidad de género como un fenómeno psíquico y social que se forma dentro de las estructuras del yo, y que, por tanto, no debe confundirse con otras dimensiones de la sexualidad, como la orientación sexual. A su vez, Laplanche hace una equiparación entre el concepto de género y de la instancia psíquica que es el yo, a través de la frase gramatical que utiliza Freud en el análisis del caso Schreber: yo (un hombre) lo amo a él (otro hombre). En esta fórmula, quien enuncia “yo”, puede considerarse como un hombre o una mujer, se trata de la cuestión del género y su enunciación (Laplanche, 2006).

Este antecedente nos ofrece una base para comprender y enmarcar un concepto tan abstracto como el de la identidad de género, que actualmente se encuentra estrechamente vinculado a las ciencias sociales. En relación con el tratamiento del yo que propone Laplanche, surge una pregunta fundamental: ¿es posible concebir la relación entre el yo y la identidad de género como una mediación a través de la identificación? Además, ¿dónde queda el sujeto en su dimensión inconsciente y deseante, dado que este aspecto no se menciona explícitamente en su análisis?

El yo, entendido como el representante del mundo exterior, se constituye a través de identificaciones imaginarias que están sostenidas por un orden simbólico que permiten su emergencia. Sin embargo, no podemos concebirlo fuera de lo cultural, ya que su formación está profundamente influenciada por estos elementos. Al mismo tiempo, no podemos considerar al yo como algo totalmente acabado o realizado, sino como un proceso continuo que está en constante formación y transformación.

El psicoanálisis no puede prescindir de la cultura, debe seguir haciendo puente con otras disciplinas sin abandonar su especificidad. A pesar de la ajenidad de los conceptos culturales o de la inconmensurabilidad de los discursos, es posible trabajar con categorías que permitan ser introducidas al psicoanálisis o sostener contacto para maniobrar en la experiencia analítica. Esto nos permitiría abordar la problemática del sujeto y la identidad, sin basarnos solamente en la concepción dominante lacaniana de que la experiencia analítica deba ir por la vía del sin sentido, causando el deseo, donde se busca no obturar con objetos imaginarios ese lugar que no tiene imagen ni significante que lo defina. Es decir,

la problemática de las personas trans es la angustia, un corte en lo real, de no encontrar ese significante que la defina en el plano del sexo/género, por lo tanto no es una solución seguir generando vacío y más angustia, podemos ir pensando otras intervenciones teniendo en cuenta un sentido identificadorio.

La práctica analítica: entre el yo y el sujeto del inconsciente

Lacan, en su retorno a Freud, critica a los analistas que toman como eje central del análisis a la dimensión imaginaria, aduce que menoscaban el lugar de la palabra (2008) y los ubica dentro de la llamada psicología del ego (1999), serán conocidos como los post-freudianos. La psicología del ego apunta a reforzar al yo, y hacer de éste la medida del yo del analista, una relación especular en la que el analista llena de su propio sentido al yo del analizante y deja de lado la función de la palabra y al sujeto del inconsciente. Para Lacan (2013) la importancia de la palabra y del orden lo simbólico son ideas principales que le permiten pensar en el sujeto del inconsciente, ubica que en los cortes que se producen en la cadena significante vía el análisis, emerge el sujeto y su verdad subjetiva.

A partir de que Lacan hace un retorno a Freud dando preeminencia al significante antes que el significado, aparecen dos posiciones marcadas en la clínica psicoanalítica, donde por un lado, tenemos psicoanalistas que llevan su praxis desde la llamada psicología del yo, y por el otro, aquellos que toman como médium la función de la palabra por la vía del significante y del sin sentido.

Entre los post-freudianos que pueden enmarcarse dentro de lo que Lacan llama la psicología del ego, podemos situar a la norteamericana psicoanalista Diane Ehrensaft, quien representa el llamado paradigma de la afirmación de género, directora de un centro de acompañamiento en salud mental para niños y adolescentes. Su terapia llamada *True Gender Self*, algo así como el verdadero yo de género, es una terapia influenciada por Winnicott. Al respecto, la psicoanalista comenta:

El verdadero yo de género es el sentido de nosotros mismos desde lo más profundo sobre el género que se siente bien y que se siente como que nos queda mejor. Puede estar influenciado pero no dictado por el género que figura en nuestro certificado de nacimiento. Es cómo nos conocemos a nosotros mismos, y el primer núcleo de eso puede estar allí desde el nacimiento. También está el falso yo de género: esa es la cara de género que le ponemos al mundo, generalmente porque sentimos que eso es lo que esperan de nosotros. En el mejor de los mundos posibles para nuestros hijos, el yo de género verdadero prevalecerá sobre el yo de género falso, y si no lo hace, es posible que tengamos un hijo infeliz. (Ehrensaft, 2012).

Ehrensaft, al ser parte del paradigma de la afirmación de género, pareciera establecer la experiencia analítica desde lo imaginario. Es a partir de lo que ella llama el verdadero yo de género que el sujeto se encontraría con sí mismo, es una forma de pensar el análisis sin tener en cuenta el sujeto del inconsciente y, por consiguiente, la dimensión del Otro (tanto en el plano imaginario como en el simbólico). Ehrensaft, desde el modelo de la afirmación de género, hace hincapié en los factores sociales que impiden que los niños y niñas transicionen (Ehrensaft, 2017). Le otorga preeminencia a lo cultural como factor determinante en la posibilidad de asumir o no la identidad. Su vinculación entre el yo y la identidad de género resalta la influencia de las estructuras culturales, sugiriendo que estas pueden ser tanto un obstáculo como un facilitador en la construcción de la identidad. Este énfasis en lo cultural, dentro de su práctica analítica, ofrece una perspectiva valiosa para abordar al sujeto no solo desde la perspectiva de su identidad, sino también desde el malestar que le provoca la cultura. En lugar de centrarse exclusivamente en la identidad de género, esta postura invita a explorar cómo las tensiones y contradicciones inherentes a la cultura influyen en la formación y el sufrimiento del sujeto. En definitiva, desde su visión, la autora introduce la problemática de lo verdadero o falso del yo, y de la verdad o mentira en la práctica del psicoanálisis a partir del enunciado “yo soy”, aquello que el sujeto cree ser según su yo y el análisis va por la vía de afirmarlo. Deteniéndonos en este punto, interrogamos cómo podemos saber acerca de la idea de un verdadero yo, en tanto este es ilusorio y un cúmulo de identificaciones para Lacan y Freud.

Por otra parte, si bien Ehrensaft se opone a la patologización de la variabilidad de género, termina ontologizando a sus pacientes con las categorías culturales de: transexuales, transgéneros, queer. Para ella, este sería el objetivo de la práctica analítica en su camino a la afirmación de la identidad de género: encontrarse con su verdadero yo propiciando una identificación a un significante amo. Se suscita la pregunta de si la práctica del psicoanálisis puede, a partir de la afirmación del auténtico yo de género que propone Ehrensaft, obturar esa falta en ser. Por último, podemos interrogar qué pasa cuando emerge el verdadero “self” de género. ¿Qué sucede con el falso self? ¿Es este yo definitivo?

Enric Berenguer (2002), desde el psicoanálisis lacaniano, postula la idea de una clínica psicoanalítica de la no identidad. El autor hace referencia a un inconsciente sin sexo, y así mismo tampoco tendría ningún significante que represente al sujeto para otro significante (Berenguer, 2002). Berenguer retoma la noción de adopción de tipo ideal de sexo por parte del sujeto, el cual se hace en referencia a un Otro y también al sexo del otro. Este tipo “ideal” está en estrecha relación con las identificaciones, pero la sexuación no puede reducirse a estas, se resiste a la identidad y también a la identificación. La constitución de esta sexuación está impregnada de una temporalidad compleja, la cual es

lógica y que sólo imaginariamente coincide con el desarrollo. El sujeto no está solo atravesado por la adopción de su sexo, sino por el otro sexo, y queda en evidencia a partir del empeño que pone en elegir su partener y por las dificultades de hacer creer para él mismo, su opción sexuada, sin ese apoyo (Berenguer, 2002). Los conceptos de género e identidad para el autor, no son compatibles con el sujeto del inconsciente, aunque no menciona explícitamente si podemos pensar estas categorías desde el yo, solo hace referencia a las identificaciones que también son resistidas. Estas identificaciones hacen a la instancia yoica, la cual es imaginaria y está guiada por los significantes del Otro. Aún cuando el sujeto del inconsciente no tiene sexo, y este es imposible de ontologizar, el yo y las identificaciones son una referencia que permiten el vínculo con el semejante ¿podemos pensar la identidad de género en relación a las identificaciones que conforman el yo, aún cuando desde el psicoanálisis trabajamos con un sujeto del inconsciente, en tanto lo primero que aparece en los analizantes es esta estructura narcisista que guía una parte del análisis?

Identidad y género ¿identidad de género?

Identidad no es un concepto del psicoanálisis, es utilizado en disciplinas de las ciencias sociales como la antropología, para poder abordar las diversas culturas y sus elementos: creencias, valores, arte, moral, conocimientos, costumbres, leyes (Tylor, 1976). Estas características son fundamentales para la construcción de la identidad de los pueblos y de sus integrantes. Debemos ir un paso más allá para poder pensar la identidad relacionada al género.

La concepción contemporánea de género tampoco pertenece al ámbito del psicoanálisis, dado que este discurso prescinde de tal noción. Según Berenguer (2002), el inconsciente no tiene sexo, por lo tanto, tampoco género. Freud (1992), por su parte, se centró en el sexo anatómico desde la genitalidad, analizando su organización y las consecuencias psíquicas derivadas de su diferenciación. Sin embargo, no abordó específicamente la identidad de género tal como la entendemos hoy en día.

Desde la antropología, el género puede definirse como el conjunto de creencias, prescripciones y atribuciones socialmente construidas que tienen como base la diferencia sexual (Lamas, 1996). Esta concepción es adecuada para comprender la identidad de género de los hombres y mujeres cissexuales, cuyas identidades de género coinciden con su genitalidad. No obstante, esta visión no se aplica al caso de las personas trans, cuya genitalidad al nacer es distinta a la constitución y asunción de su identidad de género. En este caso, no todas las personas trans tienen conflicto con su genitalidad, pero sí con lo que se le atribuye a ese sexo culturalmente, adoptando las atribuciones y prescripciones construidas de lo que se supone es femenino y masculino.

El psiquiatra y psicoanalista Robert Stoller, entre 1968 y 1973, publicó una serie de libros como *Sex and Gender* y *Masculin ou féminin?*, que introdujeron el concepto de identidad de género al psicoanálisis. En estos trabajos, exploró cómo los factores biológicos, psicológicos y sociales influyen en la formación de la identidad de género. Stoller conceptualizó la identidad de género como la creencia o el sentimiento de pertenencia a uno de los dos géneros, masculino o femenino (Laplanche, 2006). A través de su experiencia clínica y su formación psicoanalítica, analizó cómo las personas desarrollan un sentido de sí mismas como hombres o mujeres a lo largo de su vida.

Stoller argumentó que la identidad de género no es algo simplemente determinado por la biología, sino que se construye a través de procesos de socialización y de la relación con las figuras parentales, especialmente durante la infancia (Stoller, 1968). Los padres juegan un papel crucial en este proceso, ya que el niño aprende a identificar los roles asociados a ser hombre o mujer mediante la interacción con ellos. Según Stoller, este proceso de identificación es esencial para que los individuos desarrollen una identidad coherente en relación con su sexo y género.

Laplanche (2006) señala que Stoller adopta la idea de la constitución de la identidad de género a partir de la tesis de Margaret Mahler sobre la defensa. Para entender esta propuesta, es necesario repasar las principales ideas de la psicoanalista y pediatra austrohúngara, quien, al investigar la psicosis autística y simbiótica, identificó diferentes fases en el desarrollo del psiquismo: la fase pre-simbiótica o autística normal, la fase simbiótica y la fase de separación-individuación. Según Mahler, hay dos condiciones fundamentales para que se produzca la estructuración del yo y la neutralización de las pulsiones que conducirán a la individuación y la constitución de la identidad del sujeto: primero, los estímulos exteroceptivos y propioceptivos no deben ser tan intensos ni tan persistentes como para impedir la formación de una estructura psíquica; y segundo, dada la falta de un organizador interno en el bebé humano, la relación simbiótica con la madre debe ser capaz de neutralizar estos estímulos internos y externos, organizándolos gradualmente para permitir que el niño distinga entre el adentro y el afuera (Mahler, 1975).

A partir de esta base, Stoller postula dejando por fuera la fase autística, que en el proceso de la simbiosis a la separación - individuación, existe una simbiosis particular relacionada con el género, esta sería distinta de la simbiosis general. En otros términos, en el caso de los transexuales, el niño podría separarse de la madre y alcanzar una independencia (separación - individuación) plena en todos los demás aspectos de la vida, sin poder conseguir desvincularse de la femineidad de ella. Esta idea pareciera remitirnos a la identificación primaria de Freud, donde por incorporación, el infante se identifica con las figuras parentales y dirá que es "la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona", es decir, "la forma primera, y la más original, del lazo afectivo" (pp.99-100).

Stoller aborda la identidad de género a partir del proceso de identificación. Aunque la identidad está vinculada a la parte consciente del yo, es importante recordar que el yo no es exclusivamente consciente, ya que también incluye aspectos inconscientes, como lo señala Freud (1993b). Tanto el yo como la identidad requieren de la identificación como soporte, pero esta última es un proceso principalmente inconsciente. Así, la identidad se encuentra en un punto intermedio entre lo consciente y lo inconsciente, donde se juegan elementos como valores, creencias, normas sociales, y está influenciada por los cambios culturales de la época, así como por el ideal que se aspira a alcanzar.

Yo e Identificaciones

Por el psicoanálisis averiguamos que existen todavía otros mecanismos de ligazón afectiva: las llamadas identificaciones.

Al abordar la identidad de género, es necesario considerar un tema fundamental para el psicoanálisis: las identificaciones y su relación con el yo. Aunque Freud no abordó directamente el concepto de identidad de género, sus aportes ofrecen claves esenciales para comprender cómo, a través de una acción psíquica, se constituye el narcisismo y, por ende, el yo, imagen, superficie del cuerpo. En su obra "Psicología de las masas y análisis del yo" de 1921, Freud (1993b) señala que la identificación es la acción psíquica fundamental que da lugar a esta constitución. Inicialmente, la primera identificación ocurre con la figura del padre. Sin embargo, en 1923, Freud amplía esta idea, indicando que la identificación puede darse con cualquiera de los progenitores, ya que en esa etapa de desarrollo el niño no percibe aún la diferencia sexual anatómica. A través del mecanismo de la incorporación, el niño asimila al objeto, lo devora y lo toma como un ideal, queriendo ser como él. Freud subraya que no es lo mismo "ser" que "tener" al padre, diferenciando entre la identificación y la elección del objeto, lo que permite una comprensión más compleja de los mecanismos psíquicos involucrados.

En 1923, en "El yo y el ello", Freud amplía este aspecto a partir de la bisexualidad constitutiva y el carácter triangular del complejo de Edipo. Para Freud (1993a), las identificaciones en los primeros años de vida son las más universales y duraderas en sus efectos. Aunque Freud está analizando cómo se conforma el ideal del yo o el superyó como instancia psíquica, se refiere también a cómo el complejo de Edipo, tanto positivo como negativo, el más completo, permite una identificación con las figuras de los padres: femenina o masculina.

En este proceso, el niño se posiciona de manera masculina al tomar al padre como objeto de identificación e inviste libidinalmente a la madre como objeto de amor, sin

embargo, también se posiciona de manera femenina ante el padre y se comporta hostilmente hacia la madre. El desenlace del complejo de Edipo puede reforzar la identificación masculina o femenina, tanto en el niño como en la niña.

A Freud le preocupa y le resulta difícil ubicar, a tan temprana edad, la distinción entre elección e identificación con el objeto debido a la bisexualidad constitutiva. Tanto el niño como la niña se comportan de manera masculina y femenina en relación con la constelación del complejo de Edipo. Las investiduras de los objetos, padre y madre, al resolverse el complejo de Edipo, darán como resultado un reforzamiento de la masculinidad o de la feminidad, dependiendo de la primera identificación, que es no mediada, directa y anterior a cualquier elección de objeto. Para Freud, la identificación primaria, es la más duradera y la que más efectos tiene.

El desarrollo freudiano del Edipo y las identificaciones permiten pensar una posición masculina o femenina inconsciente desde la conformación del yo. Esta identificación primaria, no mediada, anterior a cualquier elección de objeto, no es elegida, es forzosa y dependiendo del sepultamiento del complejo de Edipo se reforzará o no la misma.

La identificación secundaria o al rasgo no refiere devorar al objeto como en la primera, pero sí tomar pedazos del Otro que conforman el carácter, que permite ubicar ideales socio - culturales, e internalizar elementos de otras figuras externas que no son los padres, es lo que hace lazo con la cultura, lo que nos permitiría pensar de qué manera la identidad hace mella, guiando desde el orden de lo simbólico la imagen que nos da la pretensión de unidad. Este es un aspecto que da un sentido identificadorio al sujeto, engañoso, pero no indiferente para la experiencia analítica.

Sujeto del inconsciente e identificaciones

Yo no quiero ser nada, quiero ser un espacio vacío, quiero ser un hueco, quiero no existir, quiero ser como un agujero negro (Camila Sosa Villada, 2024)

El sujeto del inconsciente se resiste a toda forma de identificación y a cualquier construcción fija de identidad. A partir de los matemáticos de la sexuación, Lacan (2012) aborda esta resistencia, dividiendo el goce en dos modalidades: un "lado todo" y un "lado no-todo". Desde el lado todo, donde ubica lo masculino, se propone que hay una excepción que permite cerrar un conjunto, se excluye un elemento que sitúa esta acción. Del lado no todo, lado femenino, no hay un elemento excluido, por lo tanto no se cierra el conjunto, no hay un significante que de cuenta de este goce. Desde este plano, ya no estamos hablando ni de identificaciones, tampoco del yo, sino de modos de goce. Los que se inscriben en el lado del goce fálico son aquellos que gozan según una estructura masculina, es decir, aquellos cuyo goce se articula a través de la función fálica, la cual está marcada por la castración. En el

otro lado de las fórmulas, se encuentran quienes gozan de un modo femenino, un goce denominado "Otro", que es enigmático y distinto del goce fálico. Este goce femenino es singular y no se puede reducir a la misma lógica del goce fálico, no tiene un significante que lo defina. De esta manera, las fórmulas de la sexuación dividen a los seres hablantes entre aquellos que gozan fálicamente y los que gozan de una manera no-toda fálicamente, estableciendo una relación de no complementariedad entre estas dos modalidades de goce. Es por esto que Lacan dice que no hay relación sexual, no hay complementariedad, por lo tanto aparece la idea de un real irreductible.

Ante este real irreductible, se construyen identidades que permiten la existencia del sujeto, según el contexto epocal en el que estamos. Podemos ver de qué manera se producen diversas identidades a partir de identificaciones imaginarias y simbólicas que van más allá del binarismo y que son modos de respuesta ante la insatisfacción, la angustia, la imposibilidad de sostenimiento, la necesidad de un significante que propicie una estabilidad. Para Hoyos (2021), la aparición de estos semblantes surge ante la declinación del discurso del amo antiguo. Este mantenía una cierta hegemonía sobre la sexualidad en las sociedades tradicionales, donde se podía definir la identidad sexual a partir de un binario que operaba tanto en lo imaginario como en lo simbólico.

Estos semblantes que representan identidades LGBTIQ+ son modos de respuesta al vacío de la existencia, son significantes que provienen del Otro y que intentan agrupar modalidades de goce, comandar su dirección, colisionando con la imposibilidad de un significante último que suture esa falta en ser. El goce sexual va a escapar a cualquier operatoria del yo, las identificaciones, los ideales guiados por la cultura y la sociedad. Es el goce el que comanda los efectos sobre el sujeto (Hoyos, 2021).

La identidad de género es un producto socio-cultural, pero que se constituye en última instancia a partir de las identificaciones. Si bien la identidad instauro lo idéntico y la diferencia, la identificación nos asemeja al otro y nos viene del Otro. Los significantes trans, transexual, travesti, transgénero vienen del Otro, y para Soler (2018), son veredictos identificatorios que por un tiempo pueden propiciar un lugar ante la angustia, pero no propician en sí una verdadera identidad. Un sujeto se ve representado por un significante frente a otros significantes; sin embargo, como representante, este no expresa la identidad en sí misma. No es posible construir una identidad a partir del significante (Soler, 2018, cómo se citó en Hoyos, 2021). Es en este contexto donde se juega lo más singular de cada sujeto: su posición frente al goce sexual.

No hay relación discursiva, no hay complementariedad

La dificultad que enfrentamos al abordar la relación entre el psicoanálisis y los movimientos de género radica en que el discurso psicoanalítico no se orienta hacia una política identitaria. La búsqueda de la identidad, los derechos civiles y sociales, y su legitimación a través de los mecanismos jurídicos y médicos exceden el alcance de la tarea psicoanalítica. La práctica analítica tiene como objetivo que el sujeto transite por el fantasma, se confronte con el deseo del Otro y mantenga una distancia entre los ideales y el objeto que origina el deseo.

En este sentido, Ballesteros y González (2012) nos proponen pensar un más allá de la identidad, ya sea de género o de cualquier otra clase en la que el sujeto se encubra. Según estos autores, los pacientes que llegan a consulta suelen presentar una identidad yoica sustentada en identificaciones simbólicas, lo que generalmente implica un rechazo al inconsciente. Es a través de la transferencia y la experiencia de análisis vía el acto, donde el analizante experimenta la pérdida parcial de su identidad y comienza a asociar libremente, generando una falta en ser, transformándose en un sujeto dividido. Este atravesamiento pone de manifiesto la complejidad de la relación entre el sujeto y sus identidades, mostrándonos que la tarea del psicoanálisis trasciende la mera construcción de una identidad fija y aboga por una apertura hacia la transformación subjetiva.

Otra dificultad que encontramos en el psicoanálisis respecto de la idea de identidad de género, aún cuando esta permite un sostenimiento, es la posición frente al deseo. La identidad se instalaría en la persona trans como un eje que oscila en toda su existencia obturando la posibilidad de pensarse en un más allá. El análisis debería propiciar un sentido identificador pero también un vaciamiento de sentido, es decir, no será el analista quien defina la identidad de género de su paciente o quien indique el saber, sino que guiará al sujeto hacia la búsqueda de su propio deseo, propiciando un lugar de vacío, del sinsentido que propicie transitar la falta.

¿Conclusiones?

Repensar el campo de la sexualidad desde el psicoanálisis resulta ser una tarea compleja, ya que el discurso psicoanalítico, aunque interactúa con la cultura, se mantiene distante de sus enredos. La experiencia analítica constituye un espacio en el que el sujeto busca respuestas a sus demandas, las cuales no pueden ser resueltas, no sólo por la voluntad del analista, sino por la limitación intrínseca del lenguaje mismo. Lejos de haber quedado obsoleto frente a los problemas contemporáneos, el psicoanálisis se aleja de un concepto de sujeto reducido a un "yo" puro. Lacan, de manera acertada, nos invitó a pensar en un sujeto del inconsciente que desea la castración y la falta, un sujeto impulsado por el deseo. Esto se contrapone a la idea de la psicología del ego donde llenar de sentido el lugar vacío de la causa del deseo, no hace más que comandar el análisis desde la instancia yoica.

La cuestión trans nos desafía profundamente, ya que plantea interrogantes sobre la experiencia analítica, aunque no se trata de una experiencia única o diferente de la de las personas cissexuales. El síntoma atraviesa a todos los sujetos, y no todas las personas trans se ven afectadas por su identidad de la misma manera. En este ámbito, con sus diversas dimensiones y casos extremos, muchos sujetos trans se enfrentan a lo que podría considerarse un trabajo sobre lo real a través de lo simbólico pero de forma inversa, es decir, se dirigen hacia intervenciones médicas, hormonización o cirugías de reasignación de sexo para alcanzar ese real imposible. Por ello, el psicoanálisis debe continuar debatiendo, reflexionando y escuchando acerca de estos temas, dado que son esenciales para comprender las complejidades de la subjetividad en la actualidad.

Toda experiencia analítica comienza con una incertidumbre respecto a las identificaciones del sujeto, y su cierre se orienta hacia el cuestionamiento de estas. Este proceso revela la falta en ser, más allá de las construcciones y del marco que da el fantasma el cual recubre ante la angustia. Es durante esta fase de atravesamiento que el sujeto puede descubrir cómo se ha constituido a sí mismo como objeto dentro del deseo del Otro. A su vez, se da cuenta de que ese Otro simbólico no tiene una existencia real, sino que ha sido una construcción necesaria para el proceso subjetivo.

Referencias bibliográficas:

Ballesteros, D. y González, P. (2021). *El atravesamiento del fantasma, un acto que posibilita el advenimiento de la identidad sinthomática y de un lazo social no segregativo*. Revista de Psicología, 20(2), 167–183. <https://dx.doi.org/10.24215/2422572Xe095>

Berenguer, E. (2002). *Sexuación, la no identidad del sexo (Much Ado about Nothing)*. Lectora: revista de dones i textualitat, ISSN 1136-5781, (8) , 17-24.

Ehrensaft, D. (2012). *An interview with Diane Ehrensaft, author of Gender born, gender made*. The Experiment Publishing. <https://theexperimentpublishing.com/2012/01/an-interview-with-diane-ehrensaft-author-of-gender-born-gender-made/>

Ehrensaft D. (2017). *Gender nonconforming youth: current perspectives*. Adolesc Health Med Ther. 25;8:57-67. DOI: [10.2147/AHMT.S110859](https://doi.org/10.2147/AHMT.S110859). PMID: 28579848; PMCID: PMC5448699.

Freud, S. (1993a). *Obras Completas. El yo y el ello, y otras obras*. Volumen 19. Editorial Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S. (1993b). *Obras completas. Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del yo, y otras obras*. Volumen 18. Editorial Amorrortu.

Freud, S. (2006). *Obras completas: Vol. 12. Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras*. Amorrortu.

Hoyos Z, J. E. (2021). *Transexualidades: de las identificaciones a la identidad sexual*. Trivium - Estudios Interdisciplinarios, 13(spe), 70-76. <https://doi.org/10.18379/2176-4891.2021vNSPEAp.70>

Lacan, J. (2006). *Seminario 10: La angustia*. Editorial Paidós.

Lacan, J. (2009). *Escritos 1*. Paidós.

Lacan, J. (2013). *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Editorial Paidós.

Lacan, J. (2016). *Seminario 20: Aun*. Editorial Paidós.

Lamas, M. (1996). *El género: La construcción de la diferencia sexual*. Editorial Porrúa.

Mahler, M. (1975). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Editorial Marymar.

Laplanche, J. (2006). *El género y Stoller*. Revista Alteler. (2), 1 -7. <https://revistaalter.com/revista/anexo-1-el-genero-y-stoller/926/>

Soler, C. (2018). *Hacia la identidad*. Pereira: Asociación del Campo Lacanianao de Pereira.

Stoller, R. J. (1968). *Sex and gender: The development of masculinity and femininity*. Science House.

Stoller, R. J. (1978). *Masculinities and femininities*. Rowman & Littlefield.

Zulian, M. (2023). *Cómo piensa el psicoanálisis la transexualidad*. Revista De Psicología Y Psicopedagogía, (7). Recuperado a partir de <https://p3.usal.edu.ar/index.php/psicol/article/view/6367>